

más fuerte la persuasión de que se da una escatología de almas que es previa a la resurrección de los muertos. Todos estos cristianos piensan que es necesaria una escatología de almas, porque consideran que la resurrección está en conexión con la Parusía de Cristo. Más aún, si miramos más allá del ámbito de las confesiones cristianas, la escatología de las almas debe considerarse como un bien común entre las religiones no cristianas» (pp. 100-101).

El Documento de la Comisión Teológica Internacional presta menor atención a las otras verdades pertenecientes a la escatología, especialmente, al tema del cielo y al de la retribución del impío. Eso mismo sucede en este libro, que trata estas cuestiones sucintamente, aunque sin dejar de tratar ninguno de los asuntos importantes. Así puede verse, p. e., en el tratamiento de la dimensión cristológica de la vida en el cielo. Citando un conocido artículo del P. Alfaro, el A. alude a la mediación de Cristo en el cielo, no sólo en cuanto que intercede por nosotros mientras nos encontramos en la tierra, sino también porque también allí El será quien nos conduzca al conocimiento del Padre, pues es a partir de la Persona de Cristo como las Personas divinas serán poseídas en la vida eterna (pp. 66-67). El lector agradecería un tratamiento más extenso de esta cuestión y de otras que se encuentran en la misma situación. Muchos agradecerán, en cambio, el detenido tratamiento que ahora se otorga al tema de la reencarnación y las breves, pero preciosas páginas, dedicadas a explicar el sentido trinitario de la resurrección gloriosa y a la escatología en la liturgia.

Lucas F. MATEO-SECO

Michael SEYBOLD (hrsg.), *Katholische Universität. Wesen und Aufgabe*, Franz-Sales-Verlag, «Fragen der Theologie und Seelsorge», n. 11, Eichstätt 1993, 181 pp., 13 x 20,5.

La Const. Apost. *Ex corde Ecclesiae*, (=EC; 15 de agosto de 1990), de Juan Pablo II, constituye, según sus propias palabras e intención, la «Magna Charta» de las Universidades católicas. Junto con la Const. Apost. «Sapientia christiana», dedicada a las Facultades de Teología, es la referencia autorizada para comprender —más allá de las cuestiones organizativas— las relaciones entre fe cristiana y cultura.

El presente volumen recoge unas ponencias sobre la «esencia y tarea» de la Universidad católica a la luz de esta Constitución. Son fruto de un

Coloquio en la Universidad de Eichstätt —única Universidad católica del ámbito lingüístico alemán, erigida en 1980— organizado bajo el impulso del prof. M. Seybold.

Las diversas aportaciones reunidas en este libro analizan las líneas de fuerza de la EC. Stefano Alberto estudia el «cristocentrismo» de la fe, y sus consecuencias en el diálogo cultural («*Ex corde Ecclesiae profecta*». *Zur Christozentrik der Apostolischen Konstitution über die Katholischen Universitäten*); H. Dickerhof aborda la función social, estructura y tarea científica de la Universidad católica (*Wissenschaftlicher Auftrag, institutionelles Gefüge und soziale Funktion einer «Katholischen Universität»*); E. Naab analiza la relación fe-razón, como temática subyacente al concepto de Universidad católica (*Glauben im Weg der Einsicht. Zur Problematik von ratio und fides*); P. Krämer trata de la fisonomía canónica de la Universidad católica (*Die Katholische Universität. Kirchenrechtliche Perspektiven*).

La aportación de R. L. Fetz parece la más programática: *Katholische Universität und moderne Universitätsidee* (pp. 39-55). En ella ofrece el autor una consideración sobre la Universidad católica, «en cuanto universidad» y «en cuanto católica». ¿Cumple la Universidad católica el concepto moderno de Universidad? ¿Qué es lo específico de una Universidad católica? Estos son los interrogantes a los que responde.

La tesis que mantiene Fetz es la siguiente. El concepto de Universidad católica respeta e integra el concepto moderno de universidad. Además, la Universidad católica asume la tarea de elaborar una totalidad intelectual sostenida y alimentada en la fe, que constituye algo más que una suma de ciencias particulares, dando cuenta así de la riqueza de lo real. Aquí se hallaría el *specificum* de una universidad católica. Merece la pena desglosar la argumentación de Fetz.

La Universidad católica cumple las condiciones de independencia institucional y libertad académica. Lo específico *qua catholica*, no cuestiona estos rasgos, antes bien los presupone. «Dicho de otro modo: lo católico de una Universidad católica no se sitúa *en contra* de las condiciones esenciales de una Universidad moderna, sino que intenta completarlas y llevarlas a plenitud» (p. 49).

El verbo «completar» podría evocar, a primera vista, una mera yuxtaposición de razón, ciencia, cultura, de una parte y fe cristiana, de otra. En realidad, para Fetz, «lo católico» no es una adición ornamental a una Universidad inicialmente neutra, sino una intención radical que influye desde el comienzo en la esencia de la institución universitaria. Sin embargo, añá-

de Fetz, lo primero intentado —y actuante sobre la totalidad— es lo último alcanzado. «Lo específico» de una Universidad Católica no puede ser operativo inmediatamente en la tarea científica, porque la Ciencia opera bajo la forma de ciencias particulares, que en cuanto tales —salvo la Teología— carecen del carácter creyente. ¿Cómo se manifiesta entonces esa «intención radical» presente desde el inicio de la tarea intelectual?

Fetz parte de que todas las ciencias particulares han de centrarse en el Hombre. Y el hombre está relacionado con Dios. De manera que puede hablarse de una «Teo-antropología» latente en toda realidad humana. «No hay, en efecto, más que una cultura: la humana, la del hombre y para el hombre» (EC 3). En esta tarea de construir una cultura verdaderamente humana, el «esfuerzo conjunto de la inteligencia y de la fe permita a los hombres alcanzar la medida plena de su humanidad, creada a imagen y semejanza de Dios» (EC 5), en el que los hombres tienen su «principio y su fin» (EC 4). La Const. *Ex corde Ecclesiae* presenta, de este modo, una Meta-antropología, que es una Teo-antropología, en la que —al contrario de Feuerbach— la Teología o el «Theos» (más exactamente, Cristo: EC 33), es el misterio de la antropología. La Constitución pide que todo saber se constituya al servicio de la persona humana, de donde se deriva la preocupación por «las implicaciones éticas y morales» (EC 18). Este humanismo ético fundado en la precedencia de la ética frente a la técnica, es calificado como *personal*: primado de la persona frente a las cosas; como *espiritual*: superioridad del espíritu frente a la materia; finalmente, como un humanismo abierto a la *trascendencia*: sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre (EC 18).

Esta «Teo-antropología» constituye la verdadera tarea de una Universidad católica, esto es, el «desarrollo de aquella genuina antropología cristiana, que tiene su origen de la persona de Cristo y que permite al dinamismo de la creación y de la redención influir sobre la realidad y sobre la justa solución de los problemas de la vida» (EC 33). Solo así resulta posible una cultura a la medida del hombre: aquella que reconoce el valor de la libertad, de la dignidad, la responsabilidad y la apertura a la trascendencia como dimensiones humanas básicas.

¿Cómo se articula esta «Teo-antropología» —el *specificum* presente como intención radical— en la actividad universitaria?

Fetz distingue un primer nivel: el de las Ciencias particulares, que se sitúan constitutivamente en su ámbito y metodología propia, condición

esencial para el desarrollo científico. En este sentido, y por ejemplificar, no existe una «matemática católica».

En cambio, existe un segundo nivel de reflexión sobre la realidad estudiada —según sus métodos respectivos— por las ciencias particulares. La Const. *Ex corde Ecclesiae* lo designa con las expresiones: interdisciplinariedad, integración del saber, diálogo fe-razón, etc. «Mientras cada disciplina se enseña de manera sistemática y según sus propios métodos, la *interdisciplinariedad*, apoyada por la contribución de la filosofía y de la teología, ayuda a los estudiantes a adquirir una visión orgánica de la realidad» (EC 20). Se trata de un nivel de reflexión que apunta a la «integración del saber», la «organicidad» del conocimiento humano. En palabras de Juan Pablo II, los profesores de una Universidad católica habrían de esforzarse por «encuadrar el contenido, los objetivos, los métodos y los resultados de la investigación de cada una de las disciplinas en el contexto de una coherente visión del mundo» (EC 22). Este segundo nivel sería la nota esencial de una universidad católica «en cuanto católica». La legitimidad de esta reflexión se funda en que «la razón humana en su reflexión se abre a cuestiones siempre más vastas», a las que «la respuesta completa (...) proviene de lo alto a través de la fe» (EC 20).

La visión de totalidad desde los conocimientos particulares constituye la tarea del universitario, en general. No obstante, la Const. *Ex corde Ecclesiae* la presenta como papel particular de la Filosofía y de la Teología. De la Teología se dice que ofrece «una ayuda a todas las otras disciplinas en su búsqueda de significado (...), dándoles también una perspectiva y orientación, que no están contenidas en sus metodologías» (EC 19). Corresponde a la Filosofía una función auxiliar «epistemológica» (cfr. EC 46), el esclarecimiento del *status* de las respectivas ciencias particulares.

Hasta aquí el discurso de Fetz. Estamos de acuerdo en líneas generales con tal planteamiento. Sólo quisiéramos añadir tres observaciones con las que —presentimos— el autor estaría de acuerdo. Pero parece interesante explicitarlas.

En primer lugar, habría que decir que estas consideraciones sobre la «esencia y tarea» de la Universidad católica no es sólo aplicable a la actividad científica desarrollada en una Universidad institucionalmente católica desde el punto de vista jurídico. Es sencillamente la resonancia intelectual de la fe, que reclama unidad interior. La reflexión de Fetz es una aplicación de la «razón cristiana» en el ámbito universitario. De otra parte, los dos niveles de que habla Fetz no constituyen dos momentos cronológicos,

sino que se dan «integrados» simultáneamente en la razón creyente por obra de esa «intención radical» de que habla el autor, aunque conceptualmente puedan y deban distinguirse.

En segundo lugar, hay que subrayar una condición esencial para que esa «intención radical» o *specificum* alcance su potencia intelectual totalizadora. Me refiero a la perspectiva teológica. Sin un conocimiento teológico serio —reflexión en, sobre y desde la fe— resultaría inviable una «integración»: faltaría el «específico cristiano», la fe «pensada», la teología. En este sentido, merece la pena considerar unas palabras de la Const. Apost. *Ex corde Ecclesiae*, que oportunamente recuerda el autor: «Guiados por las aportaciones específicas de la filosofía y de la teología, los estudios universitarios se esforzarán constantemente en determinar el lugar correspondiente y el sentido de cada una de las diversas disciplinas en el marco de una visión de la persona humana y del mundo iluminada por el Evangelio y, consiguientemente, por la fe en Cristo-Logos, como centro de la creación y de la historia» (EC 16).

Lo cual nos lleva a una tercera consideración, a la que alude Fetz, pero en la que quizá no insiste, considerando el contexto cultural en que habla. La «integración de los saberes» —en la institución universitaria o fuera de ella— está condicionada a lo que dice la Const. Apost. en su n. 46: «Esta tarea exige personas especialmente competentes en cada una de las disciplinas, dotadas de una adecuada formación teológica y capaces de afrontar las cuestiones epistemológicas a nivel de relaciones entre fe y razón».

¿Escasean estos espíritus preparados? En todo caso, quizá hay algo más preocupante. Es necesario subrayarlo cuando escribimos en castellano: no es obvio el interés personal/social por lo teológico (al menos, en España). La teología española de nuestro siglo ha pasado de una época de mínimo contacto con la cultura del momento, a una fase de vivo deseo de diálogo e intercambio. Paradójicamente, se encuentra con unos interlocutores escasamente interesados en ese diálogo —incluso en ambientes, en principio, católicos. No es momento de analizar las causas de este fenómeno. Solo queremos apuntar una consideración: ¿no estará en relación este desinterés con una progresiva «des-racionalización» de la fe cristiana— y, en definitiva, de la propia existencia?

Ciertamente, la Teología fundamental contemporánea ha puesto en su sitio una apologética anterior excesivamente pretenciosa. En todo caso, las situaciones de fideísmo práctico y de «doble verdad», en que se refugian bastantes católicos de nuestro tierra, da qué pensar. ¿Dónde ha quedado el

*obsequium rationi consentaneum* que dignifica intelectualmente al creyente, y le capacita para una «síntesis más alta», y para el diálogo cultural?

Son cuestiones de excesivo alcance para estas líneas, y que plantean un desafío a la transmisión de la fe (catequesis, pedagogía religiosa, predicación...), aunque también están condicionadas por factores histórico-culturales de cada país. En todo caso, para que se dé esa «integración de lo saberes» parece necesario que antes haya conciencia de que, en efecto, *pueden y deben ser integrados*. En la Universidad, y fuera de ella.

José R. VILLAR

J. José ALVIAR, *Klesis. The Theology of the Christian Vocation according to Origen*, Four Courts Press, Dublin 1993, 228 pp., 15 x 20.

La amplia bibliografía acerca de Orígenes (186-254) ve aumentado su volumen con esta monografía, que investiga el tema de la vocación cristiana en los escritos del gran teólogo alejandrino. La obra se publica en un momento en el que los estudios patrísticos realizados durante las últimas décadas han producido excelentes resultados para la teología. La Iglesia ha querido señalar la importancia de estos estudios, tanto para el desarrollo adecuado del método teológico (Cfr. Juan Pablo II, *Discurso a los colaboradores del Instituto Sources Chrétiennes*, Doc. Cath. 19.12.1993, 1051-1052), como para la formación de los futuros sacerdotes (Cfr. *Instrucción de la Congregación para la Educación católica sobre el Estudio de los Padres de la Iglesia*, 30.11.1989).

El peso específico de los Padres como testigos autorizados de la Tradición cristiana difícilmente puede exagerarse si consideramos su decisivo papel en la determinación del Canon de la S. Escritura, en la fijación de los Símbolos y de las formas fundamentales de la Liturgia, y en el desarrollo racional de la fe, que constituye el programa y la esencia de la actividad teológica.

Con firme base en la S. Escritura, y poseídos de un hondo sentido de la Transcendencia y del misterio divino, los Padres de la Iglesia fueron los primeros teólogos, y se mostraron capaces en todo momento de armonizar la vía mística y la vía discursiva de acceso a Dios. Constituyen así un paradigma y un estímulo para la Teología de toda época.

Existen además algunas analogías que nos permiten relacionar la época patrística con el presente de la Iglesia. Dice la *Instrucción* citada más arriba: